

Muere John H. Elliott, el penúltimo de los grandes hispanistas clásicos

LUIS ALEMANY 10 marzo 2022

Su mirada ayudó a normalizar la imagen de España en el contexto europeo



John H. Elliott, en Santander, en 2014. David S. Bustamante

John H. Elliott, historiador, hispanista y **Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales** ha muerto a los 91 años, después de una larga carrera dedicada a conocer y explicar España. Su mirada fue un pilar en la normalización de la imagen del país que lo acogió dentro del contexto europeo. Las investigaciones de Elliott, en síntesis, se dirigían siempre a racionalizar los mitos, a poner en contexto lo que parecía capricho del destino.

Igual que su colega irlandés **Ian Gibson** llegó a España a través de la literatura, de la poesía barroca y del descubrimiento del 98, Elliott entró en el hispanismo por el arte. El descubrimiento del Museo del Prado, la fascinación

por Velázquez y el misterio de un retrato del **conde-duque de Olivares** fueron una especie de revelación, un momento epifánico en el que Elliott comprendió que su vida académica consistiría en entender la historia española del siglo XVII, el momento en el que el Imperio ya languidecía pese a los esfuerzos de sus élites, no tan ineptas ni incultas como se solía contar en el mundo anglosajón.

La España imperial (1957), publicada al comienzo de la vida académica de Elliott entre el Kings College de Londres, Princeton en Estados Unidos y Oxford, fue el resumen de todo ese trabajo, la gran base de datos e interpretaciones para todos los historiadores que han abordado desde entonces la edad moderna de España. La interpretación de aquella época de sueños y desengaños imperiales es que la Corona de **España no fracasó por culpa de reyes embrujados ni cortes anacrónicas, sino por motivos mesurables.**

El Imperio estaba sobredimensionado, la demografía de España no sostenía un proyecto tan grande y era natural que naciones más compactas y ricas como Francia la sucedieran en su preminencia mundial. Pese a todo, el esfuerzo constante de los dirigentes españoles por **modernizar su Estado** tuvo relativo éxito. Por eso, la decadencia fue larga y no un desplome súbito.

En aquellas páginas se ofrecía también un conocimiento abrumador. Elliott disponía información económica sobre los precios del mercado de los cereales, sobre los flujos de la plata desde el nuevo al viejo mundo y sobre las dificultades para desarrollar una burguesía europea en España; analizaba cuestiones culturales como **el efecto de la Reconquista en el catolicismo español y en su expansionismo** o la similitud y extrañeza entre los pobladores de los distintos reinos de la Península Ibérica; entraba en la psicología de los líderes políticos de aquella época... Cualquiera que sea el enfoque que se quiera hacer de aquellos siglos, en Elliott hay un conocimiento del que partir.

Elliott también **refutó la idea de España como un artefacto político, inventado desde un centro y para ese centro.** El historiador inglés sostenía que España fue una creación propia de la edad moderna, más política que natural, pero tanto como Francia o cualquier otro estado de la época. Su tesis es aquella España recién inventada seguía la lógica de los intereses de sectores muy amplios repartidos por toda la Península. España, aseguró Elliott, no fue el proyecto de una élite castellana sino **el beneficio común de castellanos, aragoneses, navarros, mallorquines, astur-leoneses...**

No es extraño que esa línea argumental lo convirtiera, al cabo de los años, en un soporte para aquellos que se opusieron al procés en la última década. Catalanes y Escoceses. Unión y Discordia (Taurus y Rosa dels Vents), su

último libro, se dirigió a ese debate. En sus páginas, **Elliott analizó y comparó los casos de Cataluña y Escocia, su encaje en el Reino Unido y en España, y a través de sus conflictos**, la historia de España y de su país desde el siglo XV hasta la caída de Carles Puigdemont y la derrota nacionalista en el referéndum de Escocia. Elliott, que fue un historiador contra los mitos y la literaturización de la historia, no podía ver con ojos amables el proyecto nacionalista. Aquel libro fue un último gesto de generosidad para el país que entendió mejor que casi nadie.

En 2018, Elliott tuvo su último acto público en España, en un homenaje a su colega Hugh Thomas. Entonces, el historiador recordó la crítica que Thomas hizo de La España Imperial en *The New Stateman*: En esas líneas, Thomas se refirió a la crisis de ansiedad que sufrieron los españoles a mitad del siglo XIV, creyendo falsamente que la época de los Reyes Católicos había sido una edad dorada perdida. Fue el primer bucle melancólico de España. De aquello, Thomas sacaba una conclusión muy actual: «**Los españoles han tenido problemas con su Historia desde hace mucho tiempo**». Elliott, aquel día, 60 años después, dio una visión más optimista: "Las heridas sanarán".

EL HOMBRE QUE MEJOR COMPRENDIÓ A ESPAÑA

EL CALIFICATIVO HISPANISTA le gustaba lo justo. Prefería el más seco y a la vez completo de historiador: un hombre que intenta comprender el pasado, como se definió a sí mismo en su único libro autobiográfico, *Haciendo historia*. Y, sin embargo, nadie encarnó como él la figura del hispanista. Ni siquiera gigantes como Raymond Carr o Hugh Thomas. Y, sobre todo, nadie hizo más que él para sacar a España de la doble cueva del chovinismo y la autoflagelación.

John Huxtable Elliott, Sir John para sus discípulos, John sólo para los íntimos, ha muerto con elegancia y dignidad. Exactamente como vivió. Unos días antes de ser ingresado en un hospital de Oxford, su residencia desde que la Reina Isabel lo designó Regius Professor en 1990, seguía haciendo planes. Y no eran modestos. «Estoy preparando una historia comparada de España y Portugal. El problema es que me está costando un poco aprender el portugués». Tenía 91 años. Y su presencia todavía imponía. De porte alto y espigado, con un aire entre distante y distraído, hacía pocas concesiones a la frivolidad y ninguna al sentimentalismo. En sus clases magistrales en la Universidad de Oxford, siempre abarrotadas, reinaba un silencio de cristal. Su palabra, tan limpia como su prosa, iba hilvanando los hitos de la conquista y colonización de América –las cartas de Hernán Cortés a Carlos V, la toma de Tenochtitlán, la controversia de Valladolid, el inmenso desafío de gobernar un imperio transatlántico con papel y carabelas– con una mezcla apabullante de hondura y sencillez. Era un profesor exigente y un narrador formidable: capaz de barrer no sólo el polvo que sepulta los hechos muertos, sino también los prejuicios que se enganchan a ellos a modo de telarañas. Las grandes beneficiarias de su inteligencia y ecuanimidad fueron la verdad y España.

Elliott descubrió España en el verano de 1950. Un poco por casualidad. Excelente estudiante en Cambridge, partió con unos compañeros en un camión destartado rumbo a la exótica dictadura que ya se había cronificado allende los Pirineos. Le gustaba recordar aquel viaje iniciático. Las noches a cielo abierto sobre un agrietado campo de olivos. El agudo contraste entre la pobreza de la gente y la grandeza de las catedrales castellanas. Y, sobre todo, la primera visita al Prado: Velázquez, esa revelación. El retrato del Conde-Duque de Olivares –efigie de un poder imponente consumido por el olvido– marcó su destino. Decidió reconstruir la vida del valido de Felipe IV y, apenas intuyéndolo, abrió a la historiografía un mundo de caminos nuevos y fértiles. Frente a la interpretación marxista dominante en la época y la moda mediterránea de Braudel, devolvió al individuo –el líder, el político– su protagonismo. Para bien y para mal, hacedor de la historia, responsable. Se llame Putin o Zelensky. Frente al maniqueísmo que agarrotaba los estudios históricos en España –un ping-pong entre ideólogos de uno y otro signo–, reivindicó la realidad. Es decir, la complejidad. Y frente a una visión limitada y localista, Narciso instalado en sus fronteras, fundó la historia transatlántica.

Pasear a su lado por las encantadoras iglesias barrocas de Puebla de los Ángeles era una experiencia intelectual y moral.

Fue siguiendo los pasos del Conde-Duque, y tras descubrir con horror que buena parte de sus archivos se había quemado, como Elliott llegó a Cataluña. Lo contaba a menudo, mientras su mujer, Oonah, tímida y balsámica, traía a la mesa delicadas ofrendas de su jardín inglés. «Puse un anuncio en *La Vanguardia* buscando una familia de acogida en la que aprender catalán. ¡Y recibí más de 100 respuestas! A los pocos meses ya soñaba en catalán». Y también aquella otra anécdota, su favorita, del guardia de tráfico de Barcelona, que al escucharle hablar en catalán le conminó, mostachudo: «¡Hable la lengua del imperio!». Exactamente la misma frase que venía de leer en un panfleto de 1630. Ah, la Cataluña oprimida. El joven Elliott tenía un corazoncito catalanista, sí. Y, sin embargo, su pasión por la verdad le blindó frente a cualquier prejuicio. Miraba sus sesgos de frente y los apartaba con la razón. Preguntaba mucho. Quería entender. Y no soportaba el victimismo ni la manipulación. Así, pudo ser discípulo y a la vez discrepar de Jaume Vicens Vives, cuyo romanticismo descubrió con cierto retraso. Pudo publicar dos volúmenes que, en aquel páramo de la polarización, se convirtieron inmediatamente en referencias: *La Rebelión de los Catalanes: un estudio de la decadencia de España, 1598-1640*, y *La España Imperial, 1469-1716*. Y sobre todo pudo escribir su última obra, una monumental historia comparada –un género especialmente complejo que acometía con maestría– de Escocia y Cataluña. En una visita al monasterio de Poblet, en pleno proceso separatista, el abad, un oportunista, le preguntó: «Los catalanes estamos como en 1640. ¿No cree, profesor Elliott?». «Sí, igual de divididos». Elliott, el historiador, era un hombre libre.

«Soy un protestante del Norte que dedicó su vida a la tierra de Carmen, la muerte, el fanatismo y el folclore». La paradoja le divertía. Sobre todo porque era falsa. Elliott desmontó la leyenda de la España diferente, atávica, autoritaria, peor. Situó a España en su contexto, ni negra ni inmaculada, con los claroscuros propios de todas las naciones del mundo. Y así se mostró a generaciones de lectores. España, liberada del yugo esencialista que la condenaba al fracaso. O a la gloria. Una vieja monarquía compuesta que, antes y con más mérito que muchas otras, ensayó el emocionante reto de la modernidad: el equilibrio entre el centro y la periferia, entre la unidad y la diversidad. Para Elliott, la Constitución de 1978 ofrecía una solución difícilmente mejorable al viejo problema español. Y de ahí la tristeza, la inquietud e incluso la beligerancia con las que encaró el desafío planteado por Puigdemont y sus secuaces. Hasta el punto de enviar una carta indignada a *The Times* en defensa de la pulcritud democrática de España y contra la manipulación y el matonismo ejercido por los nacionalistas. Él, Cruz de Sant Jordi, al que el activismo político le gustaba tan poco.

La enésima crisis española no fue la única sombra sobre los últimos años de Elliott. Su college de Oxford, Oriel, donde a tantos jóvenes enseñó el valor incalculable de un espíritu crítico, se convirtió, por obra y gracia de la involución identitaria, en el epicentro británico del *ofendidismo* y la cancelación. El pretexto, una estatua de Cecil Rhodes. También tuvo que ver cómo en México y sus alrededores líderes populistas sin escrúpulos echaban por tierra décadas de trabajo, suyo y de sus discípulos, por ahorrar una visión común, objetiva y fraterna de la historia de España y América. Esa joya de volumen que es *El mundo viejo y el nuevo, 1492-1650*, pisoteado por la ignorancia, la mala fe y las ridículas peticiones retroactivas de perdón. Parecía, sí, que aquella *declinación* sobre la que tanto y tan brillantemente escribió había vuelto para cobrarse

venganza. Pero él estaba dispuesto a desafiarla. «Bien. Hagamos ese libro juntos», me dijo la última vez. «Unas conversaciones sobre la *declinación* que luego tú convertirás en una mezcla de memorias paralelas y ensayo. Ahora bien, tendrás que escribir recto. Prosa limpia, a la inglesa. Nada de florituras neorocó». Claro, maestro.